

Roberto Castrovido
Entre naranjos
(*La Publicidad*, 9-11-1900)

Así se titula la nueva novela de Blasco Ibáñez, que se venderá a primeros del mes próximo, en noviembre. Había dádola Blasco el hermoso título *El amor que pasa*, muy expresivo, muy vagamente poético, mas cambiolo por uno regional: *Entre naranjos*. No sé decir si ha perdido o ganado en rótulo para su obra; pero sí aseguro que los valencianistas deben darse por satisfechos.

¡Entre naranjos! Solo se puede estar entre esos árboles siempre verdes, recubiertos de americanado follaje en las huertas de Carcagente o Alcira, solamente allí se puede respirar el embriagador azahar que pone en vigor las cuatro potencias.

¡Carcagente! ¡Alcira! Hermosos países, más helénicos que españoles; yo os adoro. Sois la poesía, la inspiración, el arte, hechos ambiente, convertidos en plantas, sabes a besos, oléis á abrazos de mujer joven, bella y enamorada «Yo os adoro».

Blasco Ibáñez que es valenciano ante todo, por sus costumbres, por su dominio de ese dialecto, lenguaje del amor y de las musas, que ha sabido hermanar la dulzura italiana con la caballerisca rudeza de Castilla, por sus gustos y aficiones que hacen de él un D. Vicente el magnífico semejante a los médicos, con su corte de aduladores fámulos, jubones y bravos, ha seguido en el título de su nueva, grande obra la costumbre de las anteriores, bautizadas con títulos valencianistas *Arroz y tartana*, *Flor de mayo*, *Cuentos valencianos* y *La barraca*.

Entre naranjos se intitula esta nueva obra del gran artista valenciano, escrita el verano pasado en «la Malvarrosa». Blasco Ibáñez piensa lentamente sus obras y las escribe con inusitada rapidez.

Después de haber hecho viajes a Alcira para estudiar el terreno y aspirar el ambiente, ha escrito su voluminosa novela en días, contados apenas, sin casi corregir, como escribe los artículos para *El Pueblo*, para su popular periódico.

Blasco ha pasado el verano en la Malvarrosa. ¡La Malvarrosa! Es un oasis, es un pensil, es un paraíso. En él se juntan, como lago y cualquiera de sus amantes, la mar y la tierra.

La tierra da palmeras esbeltas y además floridas y pinos copudos, a la misma orilla de la mar azul, espumosa, amante, que ligera se agitaba por el deseo.

Allí en una torre con terraza al Mediterráneo ha vivido Blasco Ibáñez este último verano con su familia y sus chiquillos. ¡Sus chiquillos! Hombres,

sanos, hermosos, adorables, como no bautizados, no orinados per el agua bendecida que decreta el sacerdote al imponer el primero de los Sacramentos.

Mario, el mayor, rubio, espigadito, listo, *dolor*, romancero, encantador como un ángel. Julito, el menor, cabal, tripudo, morenucho, ingenuo, listo corno ninguno, simpático como pocos, la bondad hecha niño. Después la nena Libertad por buen nombre, preciosa, hermosa, buena, la adorada por su abuelo y su tía con quienes vive.

Había que ver a esos chicuelos en la Malvarrosa. Recibían los rayos del sol y el aire del mar, sin tapujos civilizadores, y estaban negros, esbeltos como angelotes de un cuadro de Goya.

El escenario en que Blasco ha escrito su última obra ha sido inmortalizado por Fillol, un pintor valenciano, joven y talentado que irá lejos, que irá a donde quiera ir. Fillol ha hecho en la Malvarrosa un magnífico retrato del autor de *La barraca*. Está en la terraza de su torre, vestido de marinero, la cabeza al aire, una chamarreta listada azul y blanca y en calzoncillos. Fuma como Maupassant su ídolo, en pipa, y escribe ante una mesa. El retrato que él exhibe va a la próxima exposición de Bellas Artes, es magnífico, por el dibujo perfecto, por el color ajustado. El escenario, es decir, el mar, la playa y las plantas que la separan de la terraza también están admirablemente pintadas. El retrato *alborotará* de seguro si en Madrid para mayo, con esto de Weyler, Linares, Silvela, Ugarte y demás estafermos y ninotes prosaicos, vulgares, antipoéticos, no se ha agotado el buen gusto por completo. La acción de *Entre naranjos* pasa en Italia, en Madrid y en Alcira. La protagonista es una cantante célebre, que gozó de las glorias artísticas antes que de los goces del amor. Enamórase en Alcira, entre naranjos, de un joven artista, diputado, y entre los efluvios del azahar concurre su primera mira al amor. Hermosa obra en la cual se pintan con supremo arte, la vida artística de Milán y la vida política de Madrid. Yo no he leído de ese libro más que dos capítulos que disputo por admirables. El uno de ellos se describe Alcira desde el montículo llamado el Calvario y se hace una elocuentísima y admirable apología de la raza árabe. El otro capítulo que he leído es una descripción de una de las periódicas inundaciones de Alcira. Nada más hermoso. A trozos parece un cuadro rembranesco. Aunque la novela en totalidad no gustara, esa descripción quedará como una de las mejores descripciones de la literatura española contemporánea.

¡Qué vigor! ¡Qué humorismo! ¡Qué realidad! Pocas páginas tan admirables han producido la literatura moderna.

Por lo que de *Entre naranjos* conozco, vaticino un gran triunfo para Blasco Ibáñez, el primero de los cuentistas españoles, que no tiene en ese respecto par sino es con el malogrado Maupassant, el gran novelista levantino. Pronto, muy pronto, coincidiendo, acaso, con la nueva novela del gran novelista valenciano, aparecerá *La vendimia*, versos de Marquina, el gran poeta

catalán, y he aquí como la prosa del autor inmortal de *La barraca*, obra perfecta, intachable, perdurable, dará a luz una obra de un ingenio al mismo tiempo que el poeta las *Odas*; poeta y novelistas levantinos, mediterráneos, se unirán para demostrar, patentizar la vida inmortal de la región española enamorada de la libertad y el arte.

Yo te adoro, región hermosa, región helénica, patria de los héroes del presente, cuna de los dioses desconocidos del porvenir, en cuya aras ponen sus flores Blasco Ibáñez, el gran novelista, y Marquina, el altísimo poeta.

Yo soy de la meseta estéril y prosaica, pero adoro la luz, el perfume, la poesía de esas abejas levantinas; y adorador de ellas anuncio como pregón la aparición del nuevo libro de Vicente Blasco Ibáñez, vate helénico, novelista insigne, cuentista incomparable, gloria de las más puras y perennes de esta España que se desmorona y se hunde, si no agarra como el pulpo a la roca a las creaciones de los contados grandes artistas.

Con ellos estoy, y ya que no pueda ser su compañero, me contento y a mucha honra con ser el pregón de sus glorias.